

CANTERA



UNICACH



Revista de divulgación científica
del Instituto de Ciencias
Biológicas de la UNICACH

AÑO 7, NUMERO 1 | ENERO-JUNIO 2026



Encuentros, emociones y coexistencia con jaguares

MARÍA G. ZAMUDIO Y VÍCTOR H. LUJA

La coexistencia es un proceso de reconfiguración ética para reconocer a las demás especies como habitantes legítimos de un territorio compartido

Jaguares y emociones en territorios compartidos

Las emociones, las creencias y el conocimiento moldean nuestra relación con la fauna que nos rodea. La coexistencia no es solo un asunto de normas o de cercas eléctricas, sino un proceso de reconfiguración ética para reconocer a las demás

especies como habitantes legítimos de un territorio compartido.

“El animal fue directo al **puyequé**... Yo estaba muy asustado mirando al animal a través de un pequeño agujero desde mi casita de plástico. Pensé: si viene hacia mí, le voy a aventar la olla. Porque esos animales se voltean y tienen una cara nada amable”.

Así inicia el relato de “Popito”, vigilante de una granja acuícola, sobre sus encuentros cara a cara con jaguares en Nayarit, un estado del oeste mexicano. Popito narra sus vivencias con emociones a flor de piel; entre bromas y risas, deja claro el terror que le provocan y un desacuerdo implícito en la posibilidad de coexistir pacíficamente.



Figura 1. Monitora y monitor ambiental participando en un evento de captura para colocación de collar GPS.

Él no es la única persona que ha vivido encuentros cercanos con los **félidos** más grandes de América. A lo largo de diez años de investigación sobre **jaguares**, sus presas y su territorio en el estado, hemos coincidido con alrededor de una veintena de personas que nos han relatado encuentros similares en distintas regiones.

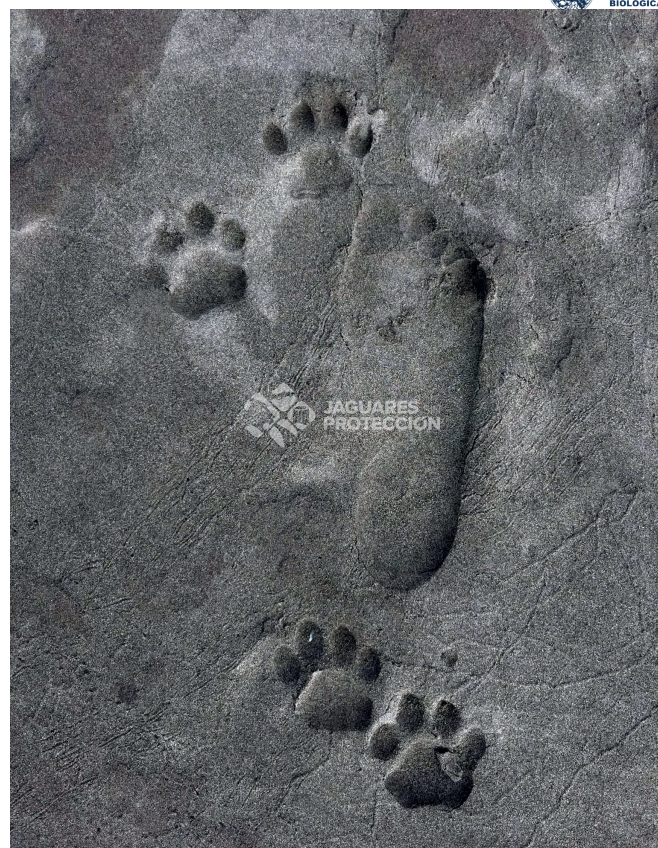
Si bien puede parecer un número reducido, encontrarse con un jaguar es un evento raro y extraordinario debido a la naturaleza elusiva de esta especie. Si este número de encuentros ha aumentado, se debe principalmente a la pérdida acelerada de hábitat que los obliga a desplazarse por espacios fragmentados. Este fenómeno de interacciones cercanas se replica globalmente con repercusiones diversas: mientras que en algunos casos ha permitido revalorizar a las especies, en otros, los conflictos han desencadenado respuestas poco favorables tanto para los humanos como para los animales silvestres.

La narrativa alrededor de este tipo de encuentros suele limitarse al conflicto y a las medidas técnicas para mitigarlo, omitiendo un factor crucial: la subjetividad. El contacto cercano entre humanos y grandes carnívoros produce reacciones que oscilan desde el terror y el rechazo hasta la admiración y el deseo del reencuentro; matices que, en última instancia, determinan la actitud hacia la especie.

Estas emociones no son solo respuestas instintivas; están profundamente atravesadas por el conocimiento que las personas poseen sobre el animal. Por ello, es fundamental reflexionar sobre cómo se entrelazan las emociones, las creencias y las trayectorias de vida en la manera en que las personas experimentan, interpretan y resignifican su vínculo con el jaguar.

Leer el encuentro más allá del miedo

A primera vista, los encuentros con jaguares parecen dominados por el miedo. Sin embargo, una lectura atenta revela que esta emoción no es uniforme ni puramente biológica; está mediada por un sistema de preconcepciones. Pasar de imaginar al jaguar como un ser de pesadilla a considerarlo como una especie que comparte nuestro espacio, requie-



re un enorme trabajo para deshacerse de ideas sin sustento. Como relata un pescador local: “Yo antes sí le tenía miedo cuando dijeron que había, pero ya no... claro que uno si sale con cuidado; pero no con tanto miedo por lo que ya nos platicaron”.

Esta diferencia es crucial. Las emociones que aparecen están sostenidas por una preconcepción del jaguar. Esta puede ser directa, cuando está cargada de información específica sobre el animal (sus hábitos, comportamiento, temperamento), o indirecta, cuando se activa a partir de mitos sobre los grandes depredadores.

El caso de “Popito” es revelador: su miedo, alimentado por la idea de una “cara poco amable”, lo llevó a renunciar a su empleo al no obtener una vivienda resistente. Aquí, la emoción no fue un suceso momentáneo, sino el factor que reorganizó su relación con el trabajo y el territorio.

Aunque el miedo ocupa un sitio central, funciona como un lente que evidencia lo que consideramos valioso. Esta lectura dialoga con la propuesta de la filósofa Martha Nussbaum, quien sostiene que las emociones no son meras reacciones fisiológicas, sino juicios de valor sobre aquello que consideramos importante para nuestra vida y nuestra vulne-

Figura 2.
Sitio de
encuentros
frecuentes
entre
personas y
Jaguares



rabilidad. Sentir miedo frente al jaguar implica un juicio sobre su peligrosidad, pero también sobre la propia fragilidad y la posibilidad de perder algo valioso. Dicho juicio no surge en el vacío: se construye social e históricamente.

Al ver el miedo como un punto de partida y no como el destino final, modificamos la pregunta: ya no nos cuestionamos ¿qué tan peligroso es el jaguar?, sino ¿cómo y desde dónde construimos la experiencia de amenaza?

Los relatos indican que las emociones pueden transformarse, intensificarse o reconfigurarse con el tiempo, en función del conocimiento adquirido, de las experiencias posteriores y del grado de involucramiento con la conservación de la especie. Analizar estas transformaciones nos permite comprender cómo el miedo y el rechazo hacia una especie silvestre es una emoción capaz de modificarse, y abre la posibilidad de pensar los encuentros no como amenaza, sino como un espacio de aprendizaje, resignificación y revalorización del jaguar y otras especies.

De la reacción al juicio: el conocimiento como motor de cambio

Los encuentros con el jaguar no son eventos puntuales que terminan cuando el animal se va. Algunos relatos muestran que, tras el primer impacto, si la persona obtiene información sobre el felino y la vincula con su experiencia, el miedo puede transformarse en curiosidad, contemplación e incluso felicidad.

En estos casos, la experiencia se aproxima a lo que el filósofo Immanuel Kant describía como lo sublime: una mezcla de temor y atracción frente a aquello que nos excede por su grandeza, pero que nos invita a la admiración.

Un hallazgo constante en las entrevistas es que las personas describen con mayor ahínco la reacción del jaguar que la propia. El contraste entre el animal imaginado como agresivo y el animal real —que huye o permanece inmóvil— remueve certezas previas.

Mientras que para algunos el encuentro confirma la imagen del jaguar como una amenaza exter-

Algunos relatos muestran que si la persona obtiene información sobre el felino y la vincula con su experiencia, el miedo puede transformarse en curiosidad, contemplación e incluso felicidad

na, para otros, el miedo convive con el asombro. En estos últimos, el felino deja de ser un peligro potencial para convertirse en un ser con hábitos, límites y valor propio. La diferencia radica en el conocimiento y la experiencia acumulada; de hecho, quienes participan en actividades de **monitoreo comunitario** tienden a desplazar el miedo del centro de la experiencia.

Hacia una coexistencia ética

Si las emociones se transforman, también lo hacen las posibilidades de habitar el territorio. Las estrategias de conservación centradas exclusivamente en la norma, la prohibición o el incentivo económico resultan limitadas si no se acompañan de cambios profundos en la percepción emocional. La coexistencia no es un acuerdo meramente funcional, sino una reconfiguración ética.

El encuentro con el jaguar funciona como un espejo de nuestra relación con lo silvestre. El jaguar no puede cambiar su naturaleza; lo que puede cambiar es la forma en que lo percibimos e interpretamos. Leer estos encuentros más allá del miedo no implica negar el riesgo ni idealizar al animal, sino asumir que lo que sentimos está ligado directamente con lo que sabemos o ignoramos de su comportamiento.

El cómo lo percibimos importa porque orienta cómo actuamos. Determina si imaginamos un territorio que coexiste con la increíble diversidad que aún se conserva en algunas regiones, o si lo proyectamos despojado de sus especies silvestres.

Reparar en nuestras emociones nos permite transitar del conflicto imaginado al cuidado, de la amenaza a la contemplación. De esta manera, la conservación puede dejar de ser una imposición externa y convertirse en un reconocimiento del valor intrínseco de cada especie. En ese tránsito, el jaguar deja de ser el “monstruo” que debe desaparecer para convertirse en lo que realmente es: un habitante legítimo de un territorio que estamos aprendiendo, lentamente, a compartir.

Conclusión

Los encuentros con jaguares, lejos de ser episodios anecdóticos, revelan cómo las emociones dan cuenta de nuestra relación con el mundo no humano. En cada uno de ellos se concentran historias personales, saberes y creencias que operan mucho después de que el animal se ha alejado. El miedo, el asombro o la curiosidad no son reacciones pasajeras ajenas al pensamiento, son juicios que orientan decisiones y prácticas en el territorio.

Si el miedo puede transformarse mediante la experiencia y el conocimiento, entonces también es posible imaginar una conservación que no se base en la coerción, sino en una reconfiguración del valor que atribuimos a las especies no humanas. Coexistir no se reduce a aprender a “tolerar” al jaguar, sino a reconocerlo como parte constitutiva del paisaje compartido.

Reparar en lo que sentimos es, quizás, la vía más potente para la conservación. En ese tránsito, el jaguar deja de ser una amenaza que debe desaparecer y se convierte en lo que realmente es: un habitante legítimo de un territorio que estamos aprendiendo, lentamente, a compartir.

Agradecimientos

A todas las personas que nos abrieron su corazón para contarnos sus experiencias, gracias infinitas. Esta publicación recibió financiamiento del proyecto ACADEMIAS-2025-A-11

GLOSARIO

Puyeque: En el noroeste de México (particularmente en Nayarit y Sinaloa), las comunidades costeras y pesqueras le llaman popularmente puyeque al árbol de mangle, especialmente a las variedades más bajas que crecen en las zonas de marismas y canales.

Félidos: La familia científica de los “gatos”. Incluye desde el jaguar, el puma y el ocelote, hasta el gato que tienes en casa.

Monitoreo comunitario: cuando los propios habitantes de un pueblo o ejido participan o se organizan en proyectos (usando herramientas como cámaras trampa) para registrar y proteger la fauna y la flora de su región.

Coerción: intentar proteger la naturaleza solo a la fuerza, usando castigos, multas o leyes estrictas, sin tomar en cuenta las necesidades sociales.

Jaguar: (*Panthera onca*) es el félido más grande de América. Reconocible por sus manchas en forma de “rosetas” —únicas en cada individuo—, depredador tope lo que significa que mantiene el equilibrio de los ecosistemas al regular la población de otras especies, es el único félido que es un excelente nadador. En Nayarit y todo México, su mayor amenaza hoy es la destrucción de su hábitat.

P A R A C O N O C E R M Á S

[1] Jaguares SP (28 mayo 2026) *publicaciones*. <https://jaguaressp.com/publicaciones/>

[2] Kant I. (1946). Lo bello y lo sublime (A. Sánchez Rivero, Trad.). Espasa-Calpe. (Obra original publicada en 1764)

[3] Nussbaum, M. C. (2021). La terapia del deseo: Teoría y práctica en la ética helenística. Paidós.

[4] Nussbaum, M. C. (2022). Justice for animals: Our collective responsibility. Simon & Schuster.

D E L O S A U T O R E S

María G. Zamudio marzamudiog@hotmail.com
Jaguares Sin Protección A.C. Tepic, Nayarit.

Víctor H. Luja lujastro@yahoo.com
Universidad Autónoma de Nayarit. Tepic, Nayarit
Jaguares Sin Protección A.C. Tepic, Nayarit.